

LA AURORA.

PERIÓDICO DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

MULEY AMIDA.

Continuación.

III.

Des horas corrieron en la ciudad de Oran de saqueo y destrucción, en las que los españoles pudieron saciar cumplidamente su furor en la sangre de los vencidos; no se habia respetado en aquella noche de esterminio, clases, sexos ni edades; lo mismo se inmoló al niño que lloraba demandante, que al musulman que valiente defendia la mos-quea en que se hallaba resguardada su familia; y charcas de sangre se miraban en las calles, cual si fueran arroyos de agua que hubieran tomado rojizo tinte (1).

Mas cesaron obedientes los soldados de matar y destruir luego que pasó el tiempo prefijado para el saqueo, pues que teniendo órdenes que les mandaban retirarse á sus cuarteles, y al mismo

tiempo necesitando descanso de tan-penosa fatiga como habian arrostrado, abandonaron las calles siendo ya bastante abanzada la noche, cesando por este medio el bullicio que reinaba en ellas, y sucediéndole en pos un cerrado silencio, que tan solo se oia interrumpido de vez en cuando por los pasos de alguna patrulla que vagara con intencion de contener abusos ó por el grito de algun cuitado centinela que se hallára velando en el muro.

Asi rodó perdida en el silencio la noche, sin que ocurriese en ella ningun acontecimiento particular y ya el sol comenzaba á mostrar su faz en el oriente, vistiendo al mundo de luz y ahuyentando las sombras que vergonzosas corrian á ocultar sus enlutados ropajes en las caladas cimas de las sierras, cual huyen en el corazon del hombre las vergonzosas ideas de la duda al brillar en su mente la clara antorcha de la religion; cuando aun se hallaba aquel teatro poco antes de esterminio en una tranquilidad y calma inalterable, pues que muy pocos eran los soldados que por participar de la

(1) *No se crea mentida paradoja esta asercion, pues que 4000 moros fueron muertos en la arriesgada toma de esta ciudad.*

brisa de la mañana hubiesen abandonado sus lechos, en unas horas en que el sueño suele ser tan apacible.

Un guerrero tan solo cubierto casi el rostro con la celada y de mal compuesto arnés se via correr incierto por calles y plazas dirigiendo centellantes miradas á los cuadros horrorosos que en ellas advertia, y marcando en sus ademanes una inquietud completa, y el fuerte dolor que dominaba su corazón, iba y venia de una parte á otra cual si hubiera perdido la idea de alguna cosa que buscara, hasta que al fin parándose junto á una magnífica puerta y exalando su pecho un hondo suspiro, entra con la celeridad de un rayo en la casa que se alzaba á su frente; pasa frenético á las habitaciones que halla abiertas y dismanteladas... corre de uno á otro lado silencioso y convulso y quedándose luego plantado cual una estatua ¡¡ rábía!! ¡¡ rábía!! esclama la he perdido... la he perdido... y su acento lleva unidas todas las expresiones del dolor y la amargura á las convulsiones del delirio y la desesperación: ¡malvados, prosigue despues de un momento de pausa, me habeis robado sin piedad la hermosa criatura que adoraba el corazón! ¡oh! mil rayos confundan al atrevido que osó arrancar del vergel de mis amores la hermosa flor que perfumaba mi existencia; tiemble el que á tal se haya osado ¡sí! ¡tiemble! y dejando caer la diestra mano sobre el puñal que brillaba en su cinto salió sin hablar mas de aquella estancia que tan funestos recuerdos dibujaba en su mente.

Mas así como el insecto pertinaz revolotea en torno de la llama en que seguramente deberá morir, del mismo modo aunque era aciaga la casa que pisaba aquel guerrero, jamás podia encontrar medio para salir de ella; andaba mudo y tembloroso los corredores; cruzaba salas sin que supiese donde se encontraba; tendia la vista sin que los objetos dejasen en su mente la menor

[71]

impresion; pronunciaba de cuando en cuando rotas y siniestras palabras, y aquel joven se encontraba en un estasis maligno y abatido, era un autó-mata desordenado puesto en movimiento, y se parecia al primer hombre cuando inseguro y aturdido erraba por el mundo de dolor á que se via arrojado.

Una tibia sonrisa de alegría se marca de repente en el rostro de aquel guerrero cual si fuese animado por una idea de esperanza; párase un poco como quien medita sobre un asunto interesante, y al poco rato con un acento ya mas calmoso aunque algun tanto agitado por las contrarias ideas que acosaban su corazón prorrumpe entre dientes con un tono misterioso. ¡Oh! si así fuese!... en las mezquitas inmediatas se han refugiado algunos... tal vez allí... que placer sería!... ¡oh! voy al momento á indagarlo.

Y brillando en sus labios una maliciosa sonrisa, dirige por su vestidura una engreida mirada y sale presuroso á la calle sin pensar en mas que en ver el mejor modo de llevar á cabo su proyecto.

Iba el joven envevido en sus ideas ilusorias corriendo á paso desmesurado y sin que ocupase su pensamiento otra imagen que la de su querida; cuando una anciana pálida y desgredada saliendo de un escondite y arrojándosele á sus pies con demandadora y suplicante voz, cristiano, cristiano, le dice: oidme por caridad, y una apagada mirada parece apoyar su petición. — Cristiano, murmura el guerrero brillando en sus labios una sardónica sonrisa, ¿por ventura no tenias otro nombre que darme vieja impertinente? Oh! ya veo, añadió la muger, que de poco os incomodais, quizá haya consistido mi error en no daros todos vuestros títulos, ¡qué vanidoso! — No anciana... pero ¿qué me quereis? si venis por alguna súplica, os aseguro que la haceis en mala ocasion; porque ahora... — No, no os quiero

mas que para decirnos una palabra, una tan sola, y es, preguntaros donde estan mis señores, porque vos bien lo sabreis. ¡Oh sí! decidme si han muerto, que yo los amo tanto, si supierais, era una esclava, por tal me vendieron, mas en su grata compañía gozaba de libertad... eran tan buenos...=Que dices, exclamó interrumpiéndole el jóven con un acento ágrío, vieja loca que me importan á mi tus señores... Ea aparta de hay ó vive el cielo...=Oh nó, no os marchareis aunque sepa morir á vuestros pies, no dareis un paso sin que antes me digais el paradero de mi querida Zaida...=De Zaida habeis dicho, exclama inmutado el jóven ¿qué Zaida es esa? decid... decid luego... acaso vos...=¡Qué! la conoceis, añade la mora quitando del todo el velo que encubria un tanto sus facciones.=Celimá, exclama el guerrero, sorprendido al mirar en la desconocida á una de

las esclavas de su querida, tú, aquí? y ¿dónde está tu señora? ¿dónde? = A mí me lo preguntais= si pronto, pronto respóndeme.= Yo no se mas que unos cuantos de los vuestros me la arrancaron desapiadadamente de mis brazos; que me la robaron sin compasion= maldita esclava, grita el joven delirante y convulso, mil rayos te confundan. ¡Oh desesperacion! tú has derrocado el templo de mis ilusiones, tú, sí... has rasgado el velo que disfrazaba una cruel verdad.= ¿Qué decis? ¿Quién sois pues que de ese modo? = Yo... soy el hijo de las venganzas, el aliado de la desesperacion, el golpe que Alá destina para el esterminio de los que hollaron su religion... ¿quieres saber mas? añadió frenético, soy pues Muley Amida, el que jura por Alá saciar su furor en el esterminio de los malditos cristianos.

(Se continuará.)

¿ES EL PÚBLICO EL MEJOR JUEZ, RESPECTO Á LAS PRODUCCIONES DRAMÁTICAS?

Question es esta que alguna vez ha sido el objeto de nuestras investigaciones, pero que ha dejado á nuestra imaginacion tanto mas abrumada, cuanto se ha dirigido con mas empeño el descubrimiento de la verdad. Habiamos considerado unas veces al público como el conjunto de las voluntades, de las opiniones, de las exigencias de la época; como la expresion en fin de las costumbres é ilustracion de las naciones; lo habiamos reputado otras como un ente caprichoso, ignorante en lo general, y

predispuesto á aplaudir ó vituperar lo que se aviene ó contradice á sus pasiones imperfectas.

En esta lucha nos hemos hallado algun tiempo, y este estado de perfecta duda nos ha mantenido indecisos hasta que una observacion mas detenida, una decision mas marcada nos ha hecho saltar la valla y fijar nuestra libre opinion, que como tal, podrá muy bien ser errónea ó defectuosa.

El público es intolerante á veces, y en demasía sufrido otras; pero hagámosle

justicia; es preciso conceder que siempre juzga consultando á su conciencia. Su limitado entendimiento y la fundada presuncion de *público* le impelen mas de una vez á dar fallos injustos; pero esto, repetimos, no es á causa de su maldad, si es efecto de su no depurado gusto y aun de la poca finura de sus sentidos. Analicemos, descompongamos químicamente al público, tomando por base una funcion teatral, y habremos de convenir en que no reúne una centésima parte, que pueda llamarse de literatos, ni una décima de verdaderos inteligentes ó de críticos razonados. El resto de los espectadores se compone de señoritas, de elegantes y presuntuosos jóvenes, de ociosos por naturaleza, de escuderos honrados ó acompañantes celosos, de padres á la antigua, cuyo honor depende del de sus hijas, y de muchachos en fin, que entienden mas del trompo y del volante que de Melpómene y Talía. Este resto de público, pues, el único por desgracia en aplaudir ó vituperar, y cuya concurrencia al coliseo es, menos por corregirse, menos por instruirse, menos por ilusionarse, que por mera distraccion ó por conseguir quizá algun objeto particular y clandestino; este público, decimos ¿será regulador exacto de las producciones dramáticas? ¿Será acertado en sus juicios? ¿Deberán ser sus fallos reglas invariables, tipo de las producciones del poeta? No aconsejamos á este que se abandone al entusiasmo popular: es á veces justo, es á veces modelo: pero no siempre: no debe servir por tanto de regla. Convenimos, sí, en que debe estudiarse al público, pero hágase esto para conocerlo bien y para sacar de él todo el partido posible.

Un escritor puramente popular y que haya estudiado servilmente al público para agradarle, conseguirá su objeto por el pronto; obtendrá aplausos en el teatro, pero serán efímeros. Efímeros, sí: porque la obra ha de salir de la escena del teatro á

la del mundo, donde seguramente ha de ser juzgada con alguna mayor rigidez é intolerancia. Entonces pasa de las manos de un público á las de otro público mas considerable y mas público que el primero. Y la obra es juzgada, no ya por quien se deja llevar de las primeras impresiones, sino por el crítico pensador para quien no hay mas seduccion que lo esencialmente bueno, y el cual juzga como accesorias la armonía de la versificacion, la elegancia del language, y la magestad en trages, decoraciones y declamacion.

La inmortalidad ademas que es el fin á donde deben dirigirse todos los conatos del escritor, no tanto se adquiere en literatura por tradicion popular cuanto por medio de la imprenta, de ese hormiguero de las inteligencias, de esa colmena á donde todas las imaginations llegan con su miel, como dice Victor Hugo. Ese es el agente mas poderoso, y el único que rijida é indestructiblemente sabe hacer justicia á las generaciones. Témasse pues á la prensa porque ella es la que volatilizaba el entendimiento humano, mas no siempre se tome por norte fijo la opinion del pueblo; del pueblo que no sabe llorar con el poeta ni con el actor, y que tal vez pone en parangon, cual otro Martinez Rueda (1) el drama con la corrida de toros, el coliseo con la plaza.

Empero las ideas emitidas hasta aquí fueran perniciosas á no sufrir modificacion; pues siendo el teatro, ya que no escuela de costumbres, al menos un poderoso resorte para suavizarlas, en lo cual convenimos con Larra, fuera desmedida arrogancia, separarse totalmente en la empresa de corregir al público de las reglas que éste le marca.

(1) *Autor de un menguado Elogio de las corridas de toros.*

como saludables. Por esta razón opinamos nosotros que, el poeta debe tocar el corazón por medio de resortes, que á todos hieran, con que queden todos afectados. Tales resortes existen, y la dificultad consiste en el modo de darles un giro á propósito, de suerte que por su medio pueda arrastrarse al público, y hacerle amar lo bueno sin repugnancia. Hay escenas de todos los tiempos y de todos los hombres, porque también hay pasiones que con mas ó menos intención han hecho siempre presa del hombre y han avasallado su corazón. La amistad, el patriotismo, el amor, la compasión, la ternura y otros muchos afectos han sido y serán de todas las épocas; por eso sabe el público juzgar casi siempre de ellos, y seguro es que con ellos conmoveránse en todo tiempo las mas apáticas imaginaciones.

El público, seducido por el halago de una versificación fluida y por la claridad de algunos pensamientos que están al nivel de su capacidad, no es el mejor juez, volvemos á repetir, en literatura dramática. No seremos tan severos como Foçion, que, aplaudido por el pueblo á la sazón de estar orando en Atenas, preguntó á sus amigos en qué había errado: atribuimos esto á una de aquellas manías inconcebibles de los antiguos filósofos; pero hemos visto al pueblo de hoy aplaudir extraordinariamente bellezas demasiado comunes, y contemplar con el silencio de un autómeta situaciones del mas vivo interés; todo lo cual nos prueba, que á pesar del progreso de este siglo, siempre será un axioma el de Séneca: *æstimes iudicia, non numeros*, cuyo axioma también está de acuerdo con la máxima de Napoleon "diez solas personas que hablen hacen mas ruido que diez mil en silencio."

Deducimos de todo lo dicho, que el público en el actual estado de ilustración no es la mejor ni mas fina balanza para pesar las producciones dramáticas. Tal vez llegue el tiempo en que pueda serlo, porque "el orbe entero está en marcha y no hay fuerzas humanas que puedan contenerle" y acaso esta profecía de Chateaubriand tenga mas aplicación á España, que á otras muchas naciones civilizadas.

Cuando estemos á mayor altura en la escala de la ilustración, hácia la cual caminamos con rapidez, cuando nos aproximemos mas al término de la perfectibilidad, para llegar á la cual á de principiarse por la instrucción del pueblo bajo, del bello sexo y de la juventud, entonces el público será el mejor y aun el único juez en materias literarias. Pero hoy que aun le falta mucho para llegar á ese estado, no puede exigirse de él mas que su juicio en los asuntos que mas de cerca y con mas viveza hieran su amor propio ó sus intereses.

Por esto en política el pueblo es hoy mucho, en literatura casi nada. ¿Y por qué? porque la política le toca muy de cerca, y en ella ve su existencia, y la de su patria que es mas que la suya: al propio tiempo, que en literatura no puede todavía ver con claridad el influjo, indirecto para él, pero poderoso, que aquella tiene en la suerte de las naciones. Mas... tiempo llegará en que conozca esto y mucho mas y entonces se penetrará de que los periódicos, y los dramas, y los manifiestos, y las proclamas, y las bibliotecas, y las cátedras, y las tertulias, todo instruye, todo conspira á perfeccionar al hombre, y todo pesa en la gran balanza á donde concurre la sabiduría de los siglos y las generaciones.

A UN ESPEJO.

I.

Limpio espejo refulgente
Que brillas con luz prestada:
¿ Eres planeta fulgente?
¿ O estasiadora mirada
De la Virgen inocente?

¿ Eres gota de rocío
Que cristaliza al caer?
¿ O triste retrato impío
Del infernal poderío
Que burla nuestro creer?

Mas ya sea la luz bella
Que tu horizonte destella
Precita ó angelical
Bendigo yo su centella
Y su magia celestial.

Y anelo ver en tu luna
Las nubes reverberar
Y deslizarse una á una
Hasta perderse en la mar
Donde tuvieron su cuna.

Anhelo ver las estrellas
Largas carreras seguir;
Que hermosas tu las destellas
Y pasan gustosas ellas,
Por mirarse en tí lucir.

Y ver floridos paisajes
Radiar en diáfano azul;
Y en matizados encages
De la aurora los celages,
Colorar tu blanco tul.

Ver el pájaro pintado
En la brisa rielar,
Y su plumage dorado
Su movimiento pausado
En tu esfera duplicar.

Y ver de purpúrea flor
Movida por leve viento
Retratado en tí el color
Y entre apiñado verdor
Perderse por un momento.

O ya tierna mariposa
Desplegar lucientes álas
Volando de rosa en rosa
Y tu esfera luminosa
Matizar sus bellas galas.

Y es tan fiel aparicion
Que baña tu terso velo
Tan pura tu creacion
Que fascina el corazon
Con sus colores de cielo.

Por eso de la luz bella
Que tu vidrioso cendal
Tornasolado destella,
Bendigo yo su centella
Y su encanto angelical

II.

Si en tu luna blanquecina
Viene á lucir mi adorada
Su hermosura.
Vierte en su tez purpurina
Una ráfaga argentada
De ventura.

Dibuja bien sus facciones
Y del labio delicado
La sonrisa.

Y las suaves vibraciones
De su cabello rizado
Por la brisa.

Di que estuvo su querido
Sus candorosos amores
Recordando.

En su memoria embebido
Sus formas con mil colores
Retratando.

Di tambien que cariñoso
 Al recordar su belleza
 Suspiró.
 Y que el suspiro ardoroso
 En el aura con terneza
 Resonó.
 Que las flores envidiosas
 De la dulce amada mia
 Lo robaron.
 Y entre sus hojas preciosas
 Como prenda de valía
 Lo guardaron.
 Y si entonces sonriera
 Y su pecho alabastrino
 Se agitára.
 Y su faccion hechicera
 En tu cristal argentino
 Se estampára.
 Los que miráran despues
 En tu refulgente velo
 Su pintura.
 Dirían, un ángel es,

Que destella desde el cielo
 Su hermosura
 Y si una niña lo viera
 Por la madre la tomára
 Del señor.
 Y un beso en su mano diera
 Y de hinojos le rogára
 Con fervor.
 Y entonces yo voces dando
 Al mundo entero diria
 Es mi amante.
 Y su hermosura mirando
 Me embriagára de alegría
 Delirante.
 Y me olvidára del mundo
 De las farsas y oropeles
 De la vida.
 Que toda mi dicha fundo
 En que me ofrezca laureles
 Mi querida.

R. S.

BIOGRAFIA ESTRANGERA.

LORD BYRON.

Hay genios, cuya prematura aparición en la sociedad, sirve de tipo para juzgar del espíritu de los siglos venideros: en ellos se reasumen, como en un compendio, los principios sociales de nuestros descendientes, las doctrinas del porvenir. Tales hombres no pueden ser apreciados por el siglo que los ha visto nacer, porque éste no puede concebir todavía los principios de su precursora misión y no vé en ellos mas que un alma que no se aviene con sus instituciones y su espíritu social. Solo

cuando la muerte ha cortado el vuelo de esos seres, es cuando sobre su sepulcro se funda un monumento, en el cual cada generacion coloca una piedra hasta que la obra se vé coronada por el siglo en que debieran haber nacido.

Entre estos hombres estraños, podemos contar seguramente á Lord Byron. Este célebre hombre vió por primera vez la luz en Douvres el dia 22 de Enero de 1788; era cojo, y ademas de una constitucion tan débil, que se desesperó varias veces de su vida,

pero habiendo perdido su padre á la edad de tres años, su madre le condujo á Escocia, donde respirando la atmósfera pura de aquellas montañas, pudo reponerse algun tanto en su precaria salud.

Habiendo heredado de un pariente suyo el título de Lord, pasó Byron á hacer sus estudios al colegio de Harow, donde sin mezclarse en los juegos de sus compañeros y entregándose continuamente á la meditacion, comenzó á pintarse en su semblante aquella melancólica tristeza que caracteriza la mayor parte de sus composiciones.

Era Byron uno de aquellos hombres, en los que, bajo un físico débil, se esconde un alma grande y exaltada. Su cuerpo estenuado y macilento, su semblante pálido, sus ojos apagados y especialmente su carácter taciturno, hacian que fuese mirado como un estúpido por sus compañeros de colegio. Mil veces se vió espuesto ya por su carácter ascético, ya por el defecto físico que habia recibido de la naturaleza, á los sarcasmos de aquella turba de escolares que mas tarde habia de admirar en él uno de los mas sublimes genios que han brillado en el horizonte político y literario de Inglaterra.

Tal conducta de parte de sus condiscípulos, hería vivamente la exquisita sensibilidad de Lord Byron, y cada dia se arraigaba mas en su corazón la constante propension que tenia á la melancolía y desconfianza: hubiera sido muy fácil que tal género de vida lo condujera á la misantropía; pero afortunadamente no sucedió así: Lord Byron, no llegó á aborrecer de los hombres mas que sus costumbres é instituciones; era entusiasta ardiente de todos los cambios políticos que tendian á mejorar el estado social de la humanidad, y entre sus pensamientos dejaba vislumbrar que en su cabeza bullía la idea de un proyecto de organizacion social. Esperaba con ahinco el dia en que debia salir del colegio, para ir á buscar en las ciudades

amigos, que simpatizasen con sus filantrópicos principios; creyó que encontraría muchos que siguiesen su bandera y adhiriesen á sus consoladoras ideas: pero desgraciadamente se engañaba; pues no pudo reunir nunca en torno de su brillante pendon, mas que unos pocos literatos y patriotas. Pocos hombres supieron comprenderle, los demas lo miraban como á un loco.

Lleno de ilusiones que enardecian su alma salió de Harow y se dirigió á Cambridge donde publicó algunas composiciones poéticas, que fueron atacadas por algunos literatos en la *Revista de Edimburgo*, mezclando insolentemente viles personalidades entre la crítica: Byron les contestó con una sátira titulada los *Bardos ingleses* en la que combatió la poesía clásica británica. No encontrando este grande genio en su patria mas que una sociedad llena de perversidad y costumbres desenfrenadas, resolvió abandonarla, lleno de despecho, y se embarcó en 1809 con intencion de viajar por el mediodia de la Europa. Despues de haber estado en Portugal vino á España donde se detuvo poco; pues estaba agitada por la guerra que sostenia contra el coloso europeo; despues pasó á Grecia, en la que se condolió de la esclavitud en que yacian sumidos aquellos descendientes de los Lacedemonios y Ateniénses. En este país fué sin duda donde acabára de dar el último pulido al gran proyecto que meditaba hacia ya mucho tiempo; aquel trozo de terreno fuera tal vez el que escogiera por patria para ensayar en él su sistema de reorganizacion social. Los que vieron á Byron en la Grecia pudieron advertir, que la expresion melancólica de su semblante se habia trocado en una especie de satisfaccion de sí mismo, que daba claramente á conocer que su alma habia llegado al término que ansiaban sus ilusorias ideas de gloria y de libertad.

Despues de haber recorrido la mayor parte de la Grecia, volvió á embarcar-

se para Inglaterra á donde iba para publicar las siguientes composiciones: el *Childe Harold*, el *Corsario*, el *Sitio de Corinto*, *Lara*, *Parisina*: las que comunmente, dejan entrever entre sus sombrías descripciones rasgos de una imaginacion fecunda, brillante y exaltada.

En 1811 figuró en el mundo político por los discursos llenos de fuego, de alma y de elocuencia que pronunció en la cámara de los Pares de que era miembro.

Ciertas disensiones de familia, á consecuencia de las cuales se declaró un divorcio entre Lord Byron y Miss Milbank, con quien se habia casado poco antes, acabaron de hacerle aborrecer las costumbres inglesas; y emprendió un viaje á Italia, donde se entregó con ahín á la literatura, publicando varias obras, cuyos principios simpatizaban con los de los *carbonari* ó amantes de la libertad italiana. En todas ellas pinta el crimen con colores fuertes y originales y defiende con maestría los derechos y libertades de los pueblos. Escribió una oda para los Griegos en la que los excita á sacudir el vergonzoso yugo que sufrian.

Entre los escritos que vieron la luz en aquella época descuellan los siguientes: la continuacion del *Childe Harold*, que mas tarde concluyó el célebre poeta francés Lamartine; la *lamentacion* del *Tasso*, *Marino Faliero* y *D. Juan* que es una crítica furiosa del siglo presente. Mas tarde dió Byron en Ravena la *profecía del Dante y Cain*, y posteriormente en Pisa, *el Cielo y la Tierra y la vision del juicio final* que aparecieron en el *Liberal*, periódico redactado por una sociedad literaria fundada por nuestro héroe; *el siglo de Bronce y Werner*.

Preparábase á continuar sus tareas literarias, cuando llegó á sus oídos el grito de libertad dado por los Griegos, y equipó inmediatamente un navio á su

costa dirigiéndose hacia el Epiro y yendo á desembarcar á Cefalonia.

El caracter de Lord Byron se mudó enteramente en esta época de su vida: no se pintaba ya en su rostro aquella especie de apatia que se avenia tan mal con la fogosidad de su imaginacion. Las violentas pasiones que habian agitado su borrascosa juventud no se adivinaban ahora al través de sus lívidas facciones. Era al presente un ser benéfico, virtuoso, que venia á llenar de consuelo á los infelices griegos fundando en su pais hospitales, escuelas y establecimientos útiles. La muerte del malogrado Botzaris habia llenado de consternacion á los habitantes del Peloponeso que no sabian como reparar su pérdida, cuando vieron á Byron ponerse á la cabeza de los valientes que habian estado á las órdenes de aquel bravo griego. Todos miraron con admiracion al hombre consolador, al sentimental novelista, al elocuente orador, al fogoso poeta, al incomprendible genio, trocarse en intrépido guerrero empuñando lleno de valor y de entusiasmo el acero de un valiente.

Byron creia por fin alcanzar el ansiado fruto de sus estudios y meditaciones, cuando la muerte celosa tal vez de la gloria de ese coloso ingles, vino á detenerle en lo mas brillante de su carrera. Murió de una pulmonia en el momento en que se preparaba para sitiar á Lepanto el día 13 de Abril de 1824 á los 37 años de edad. Los griegos perdieron en él uno de sus mejores gefes y su mas ardiente protector. Se le hicieron pomposas exequias y su elogio fúnebre fué recitado por Espitidion Tricoupi.

Cuatro años despues habian reconocido las potencias de la Europa, la independencia de la Grecia y sus valerosos habitantes vivian ya libres de la dominacion Otomana.

MIS PARIENTES EN LAS FIESTAS.

Señor.

-- ¿Qué se te ofrece?

-- Salga V. salga pronto. ¡Qué fortuna! En el portal se apean los señores tios de V. y con ellos...

-- ¿Qué dices, hombre?

-- Lo que V. oye. Pero no tarde V. sino quiere que se encagen aquí sin haber recibido, como se merecen, á unos parientes....

Bajé precipitadamente la escalera, y juzguen ustedes como me quedaría, al ver ocupado el portal de mi casa por dos respetables tias, un tio, tres primitos, el mayor de siete años, dos criadas é igual número de criados de mulas; seis de estas habian entrado á la cuadra. ¡Virgen del Pilar! Esclamé (ésta exclamacion aparte) ¡Qué nube ha caido sobre mí! Tuve no obstante, que presentar á mis queridos parientes una cara de evangelista, decirles que me alegraba infinito tan agradable sorpresa, hacer algunas fiestecitas á mis primos, y romper la marcha guiando á los susodichos hacia las tres ratoneras, que pegadas á una reducidísima cocina forman mi habitacion. Al momento fué esta llena de maletas, paraguas, sombrereras, alforjas, y cuatro pollos que *generosa-*

mente me traían de regalo mis respetables tios.

--No tengas que apurarte, Cosme; nosotros en cualquiera parte nos acomodaremos: aqui mismo estamos perfectamente y las muchachas podrán dormir en ese cuarto inmediato. Tu tio y tus dos primos en el de mas allá y....

--Eso es, y yo me voy al tejado, decia entre dientes y maldecía á toda la parentela; pero no hubo remedio, fué preciso enviar á buscar cinco camas alquiladas, dejar á mis vetustas tias en la sala principal, á las criadas en el cuarto inmediato, y dar cabida en el mio á mi tio y primos.

--Ahora, Cosme, tomaremos alguna friolera: traemos un apetito... Ya se ve, por tener antes el gusto de verte, nada hemos almorzado. Pero no te apures, nuestras muchachas lo arreglarán todo.-- Efectivamente, tomaron las malditas la despensa por asalto, y era de ver como cortaban magras, embotellaban vino, sacaban panes y llevaban todo á saco. Yo no sabia lo que me pasaba, iba de uno á otro lado, aturdido, tropezando con camas, y con cuanto hallaba al paso. Sin

saber cómo me hallé con la mesa puesta; la familia engulló que fué una bendición de Dios. Ya desde aquel momento mis tias y sus domésticas se han encargado del gobierno de mi casa, y como nada es suyo de cuanto gobiernan, creo inútil decir que jamás el pobre Cosme, servidor de ustedes, ha visto en su casa semejante desgobierno.

-- Cosme ¿Qué función hay esta noche en el teatro?

-- No lo sé, tia; pero supongo que no será muy buena; porque en estos dias dan cualquiera cosa. Se echan la cuenta que ha de haber entrada de todos modos y....

-- No importa; iremos á pasar el rato. Ya ves en nuestro pueblo no lo tenemos ni bueno ni malo. Tomarás un palco, Cosme: es mas económico; así nos acomodaremos todos.

-- Si, si, gritaban mis primitos; á la comedia, á la comedia.--Y por saltar el mediano tiró una mesa y rompió un quinqué, un juego de café y dos candeleros de cristal que sobre ella habia. El tio le riñó un poco, las tias se reían como unas tontas y yo estaba furioso como un condenado.

-- Ya sabes, Cosme, que mi diversion favorita son los toros: espero tomes tambien un palco.

-- Ay, querido tio, aun no sabe-

mos si habrá corridas: dicen que los toreros no vienen; que los madrileños *en uso de sus omnímodas facultades* los han embargado.

-- ¡Cómo se entiende! Eso es imposible. Ni que estuviésemos bajo el gobierno de D. Tadeo. Pero eso lo dices por gana que tienes de embromarnos. Tú toma el palco y déjate de lo demas.

No hubo remedio: mis parientes fueron al teatro, siguen yendo todas las noches á mis costillas, es decir á mi costa, y es de ver asomadas á un palco diez ó doce cabezas, que abren otras tantas bocas descomunales, que rien y alborotan y llaman la atencion del público. Todo el dia me llevan por esas calles colgadas de mis brazos las buenas tias, perdiéndose los niños en la confusion ó arrancándose los faldones del frac á fuerza de tirones para que les compre muñecos de barro, cohetes, dulces y fruta, parándonos á contemplar las colgaduras, tablados y demas adornos de las fachadas; sacándome el dinero en todas las diversiones, inclusa el *Cosmorama*, hasta que quiera Dios se concluyan estos dias de fiesta, para los que se divierten *gratis* como mis parientes, y de tormento para los que divertimos á tanta costa.

TEATRO.

En la noche del Sábado 5 se volvió á representar en este Teatro el precioso drama titulado « El Campanero de S. Pablo. » Con el mayor placer vimos de nuevo esta bella produccion de Bouchardy, la cual en nuestro concepto es una obra maestra, que hace gran honor á su autor. En toda ella se encuentra un conjunto de preciosidades, que descubren una brillante imaginacion y talento nada comun. Qué valentia y expresion en la descripcion de sus caracteres, qué escenas tan sumamente dramáticas, qué conocimiento tan exacto de los sentimientos humanos y con que tino y facilidad está presentado el original desenlace que deja colmados los deseos del espectador. Desearíamos que Bouchardy nos siguiese dando composiciones de tanto mérito como el Campanero. La ejecucion fué acertadísima en lo general. El Sr. Mate nos conmovió sobremanera, é hizo muestra de su gran talento cómico, habiendo estado en algunas escenas, si se quiere, inimitable. La Sra. Martin desempeñó tambien con bastante esmero su parte. Nada diremos de la lindísima Sra. Palma, la cual estuvo como siempre feliz haciendo ostentacion de sus naturales gracias y conocimiento del teatro. Cada dia vemos y admiramos en esta joven actriz nuevos adelantos, y promete recoger muchos y gloriosos laureles en la escena española. El Sr. Caltañazor comprendió muy bien su papel, y no dudamos que con el estudio

y asiduidad que ha mostrado hasta de aqui, logrará ser en breve uno de los mejores actores. El Sr. Monreal se poseyó completamente de su caracter, y nos dió pruebas de que es susceptible de desempeñar papeles de sumo interes. El Sr. Pacheco estuvo igualmente feliz en el suyo. Los demas actores cumplieron debidamente su parte, excepto el Sr. Gonzalez, que con su fastidiosa afectacion y tono de misionero, nos atormentó como tiene de costumbre, por lo que, le aconsejamos que, ya que no quiera inspirar interes, cuando menos se modere y procure no causar tanto tedio. Del mismo modo debemos prevenir al encargado de la guardarrofia, trate de mostrar mas celo en el servicio de la escena y que tenga en caso necesario, una armeria completa, pues su descuido en cuanto al pistoletazo del prólogo, de absoluta precision fué el motivo de que el drama no produjese todo el entusiasmo y efecto que se merece.

D. U.

--Hemos visto con satisfaccion una oda á la paz, que suponemos ser del Sr. Gil y Alcaide. En ella se dejan ver algunas estrofas muy buenas y varios rasgos poéticos de feliz imaginacion. Invitamos á su autor á que nos siga dando producciones de igual mérito que la presente y con placer nos ocuparemos en tributarle el debido elogio.